

Francisco L. Urquizo: constructor de una memoria

VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA

Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco

RESUMEN. El autor presenta una pormenorizada semblanza del conjunto de la obra literaria de Urquizo, la cual ha pasado prácticamente inadvertida por la crítica. Asimismo, hace un análisis de la relación entre historia, memorias y literatura, y de la importancia que ellas tienen para la documentación e interpretación de la Revolución Mexicana; esto último, sobre todo, a la luz de la inhumación de los restos del general Urquizo dentro de la Rotonda de los Hombres Ilustres (agosto de 1994), con lo que el Gobierno intenta mostrar un rasgo de ejemplaridad de un militar que destacó como escritor.

Durante la segunda quincena de agosto de 1994, el presidente de la República encabezó la ceremonia de inhumación de los restos de Francisco L. Urquizo en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Con este acto, solemne y protocolario, se confería al militar y escritor el más alto honor que el gobierno mexicano tributa a aquellos que considera como sus mejores hombres. El homenaje es el último de una larga serie de reconocimientos rendidos en vida a Urquizo, por parte del instituto armado mexicano, al que perteneció desde 1911 —cuando contaba 19 años— hasta el final de sus días en 1969.

Es sabido que gracias a la instrucción que el capitán Urquizo realizó del Batallón de Zapadores y, sobre todo, con la creación, adiestramiento y transformación del Regimiento escolta del Primer Jefe en la Brigada y después División Supremos Poderes, se estaba creando el ejemplo del tipo de ejército deseado para el constitucionalismo. Hacia el final de la década, Carranza y el incipiente instituto armado consideraron la con-

veniencia de fabricar en México el armamento indispensable para el ejército, con el fin de evitar la dependencia que en este renglón se tenía de Estados Unidos. También aquí Urquizo ocupó un lugar preponderante.

En forma simultánea a la comandanda de la División Supremos Poderes,¹ Urquizo desempeñó diferentes cargos y realizó varias comisiones y funciones. Entre éstas, hay una veta poco conocida y que Miguel Sánchez Lamego refiere con detalle —abarca de 1913 a 1919—:

Presenta a la consideración de sus superiores, con buen éxito, las siguientes iniciativas y proyectos: [...] formación de un escalafón del ejército Constitucionalista [...]; edición de un Epítome de la Ordenanza General del ejército y de un folleto titulado *La caballería constitucionalista* que sirvió de base para la organización de los regimientos de esta armada; [...] fundación de la revista militar *Marte* [...] estudio, institución y organización de las Academia del Estado Mayor, primera escuela militar fundada por la Revolución, y reorganización y dirección de la Revista del ejército y la Marina [...] iniciativas para establecer el Estado Mayor General del ejército, la Junta Superior de Guerra y las Colonias Militares y la edición del folleto *Guía de mando* [...] estudio y establecimiento de los Cuerpos de la Legión de Honor, que sirvieron para instruir y acomodar al personal de jefes y oficiales que resultaba excedente, la edición de manuales para oficiales subalternos de Infantería y Caballería y la creación de un Batallón de Comunicaciones, precursor del actual Servicio de Transmisiones, y la de una escuela para bandas; [...] edición

¹ El primero lo reclutó Carranza entre los trabajadores de las minas de Agujitas, Lampascitos, Coeste y Rosita; el segundo, llegó a contar con 7 000 efectivos, tropas de infantería, caballería y artillería, más compañías de señales y ametralladoras, aparte de unidades de intendencia, ferrocarrileros, sanidad y algunas más. “La División, a las órdenes directas del Primer Jefe, tenía como misión primordial la custodia de los Supremos Poderes de la Revolución —explica Miguel Sánchez Lamego—, pero al mismo tiempo toma parte activa en el desarrollo de las operaciones militares, ya sea escoltando trenes que conducían pertrechos de guerra a los diferentes frentes, ya participando en las acciones de guerra. La gran mayoría de los trenes militares que constantemente salían del puerto de Veracruz [...] iban escoltados por tropas de la División”. *Generales de la Revolución*.

de un Almanaque Militar con conocimientos prácticos y el establecimiento del Colegio Militar con pie veterano del alumnado de la Academia del Estado Mayor.²

Estas actividades organizativas en que participó Francisco L. Urquizo son importantes por un hecho: con la derrota del huerismo y de los movimientos campesinos, el carrancismo se enfrentó al problema de sentar las bases de un nuevo Estado —interpreta Guillermo Boils. Para ello, los elementos jurídicos explícitos en la Constitución, la creación, organización e integración de instituciones gubernamentales y el respaldo de la fuerza armada fueron fundamentales. Por tanto, el ejército, como institución del gobierno, quedó al mando del presidente de la República y, en consecuencia, con ello se buscó frenar el “militarismo depredador de los caudillos militares”. Así, en esencia, se otorgó al instituto armado una función política, la cual tardaría años en cristalizar (Boils 56-59).

No obstante, considero que la inhumación de Urquizo en la Rotonda ni comienza ni acaba en sus variados servicios directamente prestados al instituto armado, donde contribuyó a la creación de las bases para el moderno ejército mexicano durante la segunda mitad de la década de 1910. Doy por hecho que el homenaje se tributa al hombre de letras cuyos libros han permitido un acercamiento a la historia de la Revolución Mexicana. Con sus palabras, Urquizo recuperó segmentos de nuestra memoria y contribuyó a la construcción de nuestro imaginario colectivo; con sus libros integró y asentó algunos de los ele-

² Entre los folletos escritos por Urquizo se encuentran: *Organización general del ejército constitucionalista. Apuntes para la Ley orgánica* (1913, conocida como *Ordenanza general del ejército constitucionalista*); *La caballería constitucionalista, su organización e instrucción* (1914); *Guía del mando* (1914); *Colonias militares* (1914); *Proyecto para la formación del estado Mayor del ejército* (1919); *Almanaque militar* (1919) y *Manual del oficial constitucionalista* (1920). Mariano Mercado Estrada, en su *Bibliografía comentada de Francisco L. Urquizo* (inédita) hace un recuento de toda la obra del General. Gran parte de la información bibliográfica y biográfica —como la de Sánchez Lamego citada— empleada en este trabajo se la debo a Mariano Mercado Estrada, a quien estoy agradecido.

mentos conceptuales útiles para reconstruir el pasado en provecho del porvenir.

Sin menosprecio ni menoscabo de sus servicios en el ejército, reconozco que es en sus libros en donde se halla su más definitivo aporte. Los millones de balas revolucionarias no fueron tan certeras como la metralla de palabras en letras de molde tiradas por millares. Su propósito lo indicó con estas palabras:

Todos los que como yo tuvimos la suerte de formar parte en la Revolución —indicó Urquiza en 1967— tenemos el derecho, o creo que hasta la obligación, de contar cuanto supimos de la Revolución para que sirva siquiera como datos para los que escriban la historia (Urquiza 1984 159).

Estas líneas que cifran su credo como escritor, Urquiza las anotó dos años antes de su muerte en *Fui soldado de levita*. Su cualidad como testigo y protagonista en el ejército y el propósito de reunir los “datos para la historia” concurren sobre el rescate, preservación y difusión de la memoria para un porvenir. Sus libros cuentan la historia de un protagonista de la Revolución que la vivió en el seno del instituto armado y la recuerda con crudeza, pero sin pesimismo, a diferencia de literatos como Azuela, Guzmán, Muñoz, Campobello o Vasconcelos quienes lo hicieron desde la posición del participante, del observador, del memorialista que reconstruía su propia infancia o del actor que se evocaba a sí mismo como actor en un escenario turbulento, todos dentro del ámbito de los ejércitos y caudillos populares y con una visión desencantada de la vida revolucionaria.

Este mirar desde adentro se complementa con otra cualidad que distingue a Urquiza como escritor: su voluntad por reunir testimonios para documentar y, así, precisar las versiones de la memoria; la suya es, también, la reconstrucción de una reminiscencia colectiva. Los ejemplos son múltiples, pero destacan los siguientes: su colección de recortes periodísticos en que diversos autores recuerdan hechos (Mercado); sus facilidades que como militar tenía para abundar en información especiali-

zada, amén de sus propios registros realizados en la proximidad de los eventos;³ y su personal voluntad por recoger el testimonio de viva voz de aquellos protagonistas del pasado.⁴ A esto se debe sumar su capacidad perceptiva de los rasgos humanos, sociales y políticos de la época.

Armado con estos recursos, a los que debe sumarse su natural talento narrativo, en su intimidad literaria e historiográfica Francisco L. Urquizo establece una estrategia para atacar el único frente que le interesa conquistar: la recuperación y ubicación del ejército dentro de la memoria de la Revolución. La idea citada del libro *Fui soldado de levita* es complemento de otra, escrita cuarenta años antes en la narración "De retirada":

Debemos confiar al papel nuestros recuerdos y nuestras apreciaciones para que los que vienen detrás de nosotros los estudien, los valoricen y nos den el lugar que desapasionadamente hayamos merecido los que aún viviremos diez o veinte años más, y sobre todo a aquéllos que cayeron en la lucha [...] que no saborearon el triunfo, [...] que no tuvieron la oportunidad de ser malos ni de cometer acciones indecorosas, [...] que sólo tuvieron tiempo de pensar bien. Nuestros recuerdos debieran concretarse a esos desconocidos muertos que esta generación actual no ha oído mentar siquiera, pero que nosotros sí conocimos y apreciamos bien en los primeros meses de la magna lucha (Urquizo 1987 876-877).

De esta manera, libros como *Páginas de la Revolución* (1936), *Recuerdo que...* (1947), *Un pedazo de historia de la Revolu-*

³ En el Archivo de Francisco L. Urquizo en poder de la UNAM hay suficientes testimonios que prueban este aserto, pues como servidor con cargos de representación y decisión mantenía una nutrida correspondencia con los miembros activos y retirados del Ejército. Aquí, los datos de batallas y los nombres de participantes son abundantes.

⁴ Entre los libros y artículos periodísticos publicados por Francisco L. Urquizo ocupan un lugar de considerable atención aquellos dedicados al rescate de conversaciones informales. En *Charlas de sobremesa* (Pachuca, Talleres linotipográficos del Gobierno de Hidalgo, 1937) hace una presentación en donde indica que el tema de la Revolución es inagotable, más cuando cualquier soldado de aquellos años comienza a hablar. Dice que sólo es cosa de estar atentos y tomar nota.

ción (1960), *La ciudadela quedó atrás* (1965) y *Memorias de campaña* (1971) recuperan hechos, itinerarios, nombres de participantes y algunas características particulares que consideraba pertinentes para una mejor precisión y ponderación; son libros de historia y para la historia, escritos por un hombre de letras que contaba con un sentido narrativo simple y natural.⁵ De manera simultánea, en estos libros Urquizo subraya su invariable lealtad hacia Venustiano Carranza y su magnificada admiración hacia Francisco I. Madero.

Al Primer Jefe de la Revolución rinde tributo con varios libros⁶ en donde se encuentran palabras de encomio como estas de tono exaltado:

Carranza es emblema de dignificación nacional, baluarte de los derechos conculcados un día; refugio de los dignos; brazo demolidor de una tiranía, cerebro organizador de un pueblo hecho Ejército; corazón firme para su patria y hombre de una pieza en alma y cuerpo (Urquizo 1959).

Es importante subrayar que en esos libros sobre Carranza destaca la voluntad por precisar el desenlace de Tlaxcalantongo. Este detalle resulta preponderante porque desde un año antes a aquel mayo de 1920, Urquizo desempeñaba, de facto, el cargo de titular de las fuerzas armadas mexicanas. Como tal, fue uno de los principales responsables de la seguridad del Primer Jefe cuando éste, ante la violencia y traición generalizadas, decidió trasladar su gobierno al Puerto de Veracruz. Urquizo, al dar su versión, intenta exculparse ante la historia.

⁵ Cabe subrayar un detalle: el registro de personas por su nombre, apellido y eventual grado militar es sumamente cuidadoso, lo cual hace pensar que el autor estaba consciente de la trascendencia histórico-documental implícita en el registro.

⁶ El último capítulo de *De la vida militar* "La tragedia de Tlaxcalantongo", fue base para varias versiones corregidas y aumentadas, como: *México-Tlaxcalantongo, Asesinato de Carranza* (1959; versión casi idéntica al recién citado), la biografía *Don Venustiano Carranza, el hombre, el político* (1935), la tercera parte de *Páginas de la Revolución*, y la conferencia "Siete años con Carranza" (1959), además de innumerables artículos periodísticos.

A Madero dedica una biografía novelada, *¡Viva Madero!* (1954), en la cual describe la vida del héroe, pondera las características históricas y políticas por las que atraviesa su protagonista y, entreverado en el conjunto, emite algunos juicios sobre Porfirio Díaz, su gobierno y la sociedad de entonces. En este contexto, resulta pertinente destacar que en otros de sus libros, Urquizo es puntual para indicar que él comenzó su vida militar justo con el ejército maderista y dentro de una agrupación próxima al propio Presidente, con quien tenía lejanos vínculos familiares debido a que su familias eran oriundas de San Pedro de las Colonias, Coahuila. También es conveniente indicar que Urquizo, con libros como sus biografías noveladas de Madero y Morelos y los libros sobre Carranza, contribuyó a la cuota de historiógrafos abocados a la construcción de la historia de bronce —como dice Luis González.

En todos los casos referidos, de manera permanente y discreta, pues nunca ceja ni polemiza, Urquizo escribió sus libros de memoria y reconstrucción histórica con el ánimo de contar no sólo su verdad sino, también, *la verdad*. Entre los hechos descritos, destacan los acontecimientos de la Decena Trágica y de Tlaxcalantongo. En ambos fue protagonista y, como ya se indicó, se reconocía obligado ante la historia para dar fe con su testimonio.⁷ Urquizo, desde su óptica, ante los hechos de 1913 se muestra sin reparos ni atenuantes eufemísticos y enérgico reprueba al “pretoriano” Huerta. En cambio, ante los acontecimientos de 1920, es sumamente cauto para ni siquiera mencionar a los enemigos de Carranza ni las causas que lo obligaron a emprender la retirada hacia el Puerto de Veracruz.

Esta cautela se obvia en el prólogo que Urquizo escribió para la reedición de *Ocho mil kilómetros de campaña* de Álvaro Obregón. Ahí reconce que las luchas de grupos por el poder llevó a enemistades y pugnas, prolongadas por años. En parti-

⁷ Otra serie de acontecimientos con los que directamente estuvo vinculado en calidad de responsable (era subsecretario y secretario de Defensa durante el gobierno del presidente Ávila Camacho), son los relacionados a la participación de México en la II Guerra Mundial. En esta ocasión también dejó testimonio, *Tres de Diana* (1947).

cular, la de él como carrancista convencido y leal hacia los miembros del grupo de Sonora y viceversa, aunque esto sólo lo insinúa Manuel González Ramírez en la presentación del libro. Con el prólogo, solicitado por Azarón Sáenz —presidente de la Asociación Cívica Álvaro Obregón y vicepresidente del Patronato de la Historia de Sonora—, se hacían las paces entre ambos individuos, a su vez representantes significativos de ambos grupos. No obstante, Urquizo advierte:

Es cosa triste que los que luchamos antes hermanados por idénticos ideales y con desinterés, inclusive de la misma vida, que más tarde, logrando el triunfo primordial, nos revolveríamos unos contra otros, y pasado el tiempo, serenados los ánimos, volviéramos a encontrarnos en ocasiones como aquella [el sepelio de Luis Cabrera] unidos por un común sentimiento de pena.

Más adelante y sin dar su brazo a torcer, Urquizo acepta que Obregón fue un magnífico militar y sus campañas descritas en el libro así lo demuestran, pero al gobernante le regatea su reconocimiento con una frase incidental eufemística: “Su vida militar, independientemente de su acción revolucionaria al servicio del pueblo, es notabilísima.”

La pugna entre los carrancistas y el grupo de Sonora también aparece nítidamente ilustrada en *Los últimos días del general Murguía*, libro que Urquizo comenzó en los años veinte, que de manera paulatina y a lo largo de décadas fue elaborando con nuevas informaciones y que, al final de su vida, dejó inédito.⁸ El final de la vida de Francisco Murguía —general carrancista refugiado en Estados Unidos que en 1921 se interna en México con el fin de encabezar un levantamiento contra el presidente Obregón— permite a Urquizo mostrar la lealtad de los soldados carrancistas a la figura patriarcal del Primer Jefe

⁸ Debemos a Alfonso Morales el rescate, reconstrucción y edición del manuscrito original (al que sumó los primeros fragmentos publicados en forma dispersa en años anteriores), y a Elsa Fujigaki Cruz y a Carmen Nava Nava los estudios sobre los generales Francisco L. Urquizo y Francisco Murguía, respectivamente, que acompañan a la edición realizada por la SEP en su colección Cartuchos al Viento aparecida en 1994.

y, sobre todo, exhibir cómo la injusticia, la infidencia, el engaño y la falta de compromiso con la historia que comienzan a distinguir a los sonorenses, son los causantes de la muerte de un hombre dispuesto a la reivindicación de Venustiano Carranza, símbolo de la Ley.

En forma simultánea al rescate de la memoria e información referido, el general Urquizo otorgó un lugar especial a la ponderación del espíritu y consecuencias de la Revolución. En *Páginas de la Revolución*, el libro síntesis de su memoria y reconstrucción,⁹ es permanente la apostilla en donde hace definiciones de la Revolución (Urquizo 1987 391), acotaciones sobre su origen (391), indicaciones sobre los varios ciclos o etapas que la conforman desde 1910 hasta 1920 (434-435), precisiones sobre el origen de la pugna entre Carranza y Villa (436)¹⁰ caracterizaciones de la lucha armada luego de la Convención de Aguascalientes (455), resultados del Constituyente de 1917 (465), y, por si fuera poco, notas para un análisis comparativo entre las pretensiones y enfoques del movimiento revolucionario mexicano y el implícito en las ideas extranjeras (444-445).

Otro aspecto que se desprende del conjunto de su memoria histórica, es su voluntad por demostrar, una por una, las cualidades del buen soldado. Todas ellas las describe puntual y sintéticamente en sus pequeños libros *Charlas cuartelarias* (1955) y *A un joven militar mexicano* (1967). En éste, en su introducción, indica: "Honor y desinterés, vigor y vigilancia, he ahí las virtudes del soldado. Trabajo y sufrimiento, tal es su divisa". Más adelante subraya: "La milicia es una especie de religión, cuyo culto final es servir bien a la patria (Urquizo 1967 48-49). Por tanto y aunque se demuestre una evidencia, estos principios explican por qué en la memoria de Urquizo no hay resquicios por donde se deslicen signos de crítica o inconformidad

⁹ Este libro refunde y amplía otros previos y de él desprende dos más (*Memorias de campaña* y *Fui soldado de levita* debidamente ampliados o recordados en su información y modificados en su estructura y tono narrativo).

¹⁰ En *Fui soldado de levita* es más clara su descripción de estos hechos.

hacia nada ni hacia nadie, ni manchas que empañen una idea de la Revolución —pese a lo indicado sobre *Los últimos días del general Murguía*. La suya es una visión de la historia acabada y perfecta desde su propio inicio. No obstante el rigor de su versión inmaculada, dejó como al acaso una pequeñísima arruga en el vestido de sus historias, la cual asoma hacia 1931, mientras permanecía distanciado del instituto armado y desempeñaba labores civiles en la Secretaría de Hacienda. Entonces pone en boca del protagonista de su narración “La tristeza del viejo” una descripción de los logrereros, arribistas, aduladores y tantos más que a principios de los treinta se habían encaramado en los puestos gubernamentales sin nunca haber participado en la Revolución, o pertenecer a una facción contraria a ella, o ser tan jóvenes que la desconocían o tan ignorantes que la rechazaban. En cambio, dice ese “viejo”, los “auténticos” creadores y participantes de la Revolución habían sido injustamente desplazados y marginados en puestos ínfimos del gobierno. “La Revolución —concluye el “viejo”— había sido pródiga con todos, con todos menos con quienes la incubaron” (Urquizo 1987 887).

El estilo literario del escritor de memorias y recuentos históricos es simplemente llano: no se distingue ni por la sintaxis, ni por el aliento de una prosa fluida, ni por organización o estructuración conjunta de sus textos; tampoco por las descripciones —ni de lugares, personas o circunstancias— ni por las analogías metafóricas. No, en él no hay nada de las cualidades prosísticas que, por ejemplo, distinguen a Martín Luis Guzmán o Alfonso Reyes, dos de sus coetáneos.¹¹ Por el contrario, el de Urquizo es el estilo convencional de un escritor funcional poco interesado en el estudio o exploración de un lenguaje que rebase lo pragmático; parecería que para él, como escritor de memoria historiográfica, el hecho de que el lenguaje sirva para

¹¹ Tampoco existe en su prosa la pasión narrativa del memorialista José Vasconcelos o la ponderada cautela narrativa de Jaime Torres Bodet, cuyos volúmenes de memorias Urquizo tuvo presente, sobre todo en *Tres de Diana*, su libro más próximo a las evocaciones de los ex secretarios referidos.

índicar nombres, fechas, lugares y circunstancias era suficiente. Por tanto, su estilo es llanamente correcto, en el sentido gramatical.

Si la memoria historiográfica de Francisco L. Urquizo ha contribuido en la construcción del imaginario colectivo de la Revolución Mexicana,¹² su obra narrativa ha permitido reconstruir la “sensación de vida vivida, la experiencia interior” de lo que significó ser soldado, incluso soldado de leva.¹³ Con ambos elementos, el de la memoria y el de la literatura, el aporte de Urquizo a la idea de la Revolución se vuelve significativo, pues hace concurrir el carácter testimonial y el imaginario dentro de una expresión literaria cuyas cualidades narrativas ponen de manifiesto, por una parte, un estilo ágil y llano y, por la otra, una sensibilidad discreta en su apreciación de las pasiones humanas (aunque ésta es la parte más exigua dentro de su obra narrativa).

Desde los años cuarenta se acuñaron una serie de ideas sobre la literatura de Urquizo y sobre *Tropa vieja*, que han devenido en lugares comunes (ahora interpretaciones canónicas). Un comentario que los resume a todos apareció en la sección cultural de *El Nacional* el 3 de octubre de 1955:

La descripción que hace de las vejaciones y sufrimientos de los peones en los tiempos del paraíso porfirista (para los extranjeros y unos pocos mexicanos) es rigurosamente verídica y constituye un documento histórico para el futuro. Ni qué decir de esta novela realista que narra los cuadros cuarteleros y de la guerra civil con admirable mano maestra, como que el general Urquizo fue testigo de ello, de alta calidad. La narración en boca del soldado es atinada y fluida.

¹² Es conveniente indicar que la obra de tipo histórica de Urquizo suele referirse por los historiadores profesionales o académicos, más cuando se aborda el tema de Carranza y el carrancismo o del ejército, cuyo testimonio para algunos es altamente valorado.

¹³ El ejemplo máximo del acto gratuito se encuentra en “La fiesta de las balas” dentro de *El águila y la serpiente*. Ante éste, la apuesta cruzada entre dos soldados para usar como tiro al blanco al primer “pelao” que atravesase la calle descrita en *Tropa vieja* queda como palidísima sombra.

Sólo faltó indicar otro rasgo distintivo que también se ha repetido acríticamente: el carácter “autobiográfico” de *Tropa vieja*.

En 1991 José Emilio Pacheco escribió un artículo en el que recupera y actualiza las valoraciones establecidas y propone consideraciones nuevas. Ahí indica: “*Tropa vieja* no es una autobiografía, ni un libro ingenuo ni rudo. Es una novela escrita por un autor lleno de conocimientos literarios aunados a una experiencia directa sobre el lugar y la época de su ficción”. También la describe como novela histórica cuyo protagonista y estructura narrativa cuentan con rasgos comunes en la picaresca; es novela documental, porque “cuanto narra ocurrió”; es novela de aventuras con trasfondo histórico, y es novela antiheroica, antiépica y antibélica.

En esencia, el conjunto de estos rasgos valorativos se podrían extender a los libros de narraciones y crónicas menos conocidos, como *De la vida militar mexicana* (1930), *El primer crimen* (1933), *Mi Tío Juan* (1934), *Hay de todo un poco* (1935), *Cuentos y leyendas* (1945), *Madrid de los años veinte* (1961) o *El Desván* (1964)). En todos ellos se descubre al narrador hábil que, como dice Pacheco, “sabe representar en el teatro invisible que arma nuestra lectura todo lo que significó ser soldado”. Más aún, lo que significó y trascendió de esa geografía por la que atraviesa, de esos hombres con los que convive fugazmente y de esas circunstancias que debe sortear para seguir adelante.

El desafío de la crítica ante obras de esta naturaleza se vuelve complejo, porque si bien los hechos históricos ocupan un lugar preponderante, también las cualidades de la narración inventiva cuentan con un lugar destacado. Uno de los desafíos está en la identificación del narrador y los motivos que el autor persigue. En el *corpus* que se integra con la obra de tipo de memoria y recuento historiográficos, es claro que Francisco L. Urquiza es quien escribe los hechos desde su perspectiva —sin que en ello importe si la información proviene de variadas fuentes documentales o testimoniales (que nunca refiere)—; también es claro que escribe con propósitos históricos específi-

cos donde su valor de “verdad” es una de sus guías conductoras sin nunca precisar su concepto de “verdad”, aunque se sobreentiende en su voluntad por “apegarse” a los “hechos” y “mostrarlos” o “documentarlos” con una supuesta “fidelidad” o “imparcialidad”.

En cambio, en la narración de ficción las categorías de análisis son distintas, e incluso opuestas a las del historiador. Por principio, en la narración el concepto de verdad no es relevante, sino que incluso llega a estorbar. Lo que importa para un narrador realista como Urquizo es la verosimilitud: que el hecho narrado o el personaje descrito representen la realidad, mas no que la reproduzcan con una supuesta fidelidad objetiva; implícitamente, tras la verosimilitud se yergue un criterio de verdad y de veracidad —que, ante los lectores, se sustenta en la conocida referencia biográfica del autor: “su testimonio es válido por haber sido protagonista de los hechos narrados, etc.”, reiterado en forma acrítica. Lo que vale para el novelista es la subjetiva recreación de la vida, aunque sea en la muerte. De aquí que la perspectiva del narrador se desdoble en personajes de ficción, como “Desiderio González” en *Fui soldado de levita* o “Espiridión Cifuentes” en *Tropa vieja*, por sólo referir a los más conocidos y acabados literariamente.

La perspectiva del personaje ficticio permite al novelista trasladar su experiencia directa y, simultáneamente, fundirla con la experiencia vicaria y con la imaginación pura. Desde aquí, el novelista puede gozar de su plena libertad para narrar aque

bargo, para Urquizo los aspectos históricos destacan sobre los políticos o humanos. Cuando Pacheco dice que las novelas de Urquizo poseen los elementos estéticos comunes en las obras de aventuras con trasfondo histórico, y su desarrollo muestra las cualidades de la literatura antiheroica, antiépica y antibélica, *está sugiriendo* un supuesto afán de “objetividad” o “neutralidad” en el escritor. Ante tales supuestos el lector deberá obrar con cautela, más porque la pretendida “fidelidad” e “imparcialidad” del protagonista de los hechos que escribe memo-

ria y recuento historiográficos nunca desaparece ni cede su sitio frente al escritor de narraciones de ficción.

La referida cautela deberá aparecer ante libros como, por ejemplo, *De la vida militar mexicana* o *El primer crimen*, donde la anécdota se convierte en un elemento secundario tras las descripciones de los gestos humanos de los protagonistas, los escenarios en que ocurren los hechos o los giros del lenguaje. Algo similar se percibe en *Hay de todo un poco*, *Cuentos y leyendas*, *El Desván* y *Los últimos días del general Murguía*, cuya verosimilitud no se cuestiona. En un escenario geográfico diferente, el libro *Madrid de los años veinte* cierra la caracterización de lo hasta aquí indicado respecto a las cualidades literarias, pues en esas crónicas aparece un narrador interesado en recrear un ambiente y un espíritu humano; son crónicas de lo cotidiano realizadas a partir de la percepción e intuición naturales del narrador. De hecho, este conjunto de libros muestra a un escritor que recrea seres, lugares, giros lingüísticos y situaciones; son libros donde el narrador despliega sus habilidades estilísticas: es directo y conciso en sus descripciones y suspicaz y humano en sus apreciaciones.

Sin embargo, no obstante su habilidad narrativa, Urquizo subraya los rasgos de verosimilitud que identifican al escritor de memoria y recuento históricos; su voluntad por apearse con pretendida "fidelidad" a los hechos y así trasladarlos a sus narraciones es permanente. En la introducción de *Recuerdo que...* en donde presenta sucesos y describe personajes de la vida durante la Revolución, hace una aclaración que podría aplicarse a la mayoría de sus narraciones de ficción y a la totalidad de sus libros de memoria y recuento históricos:

No es ningún relato con pretensiones históricas [...] Lo que voy a relatar son hechos rigurosamente exactos y constatados, bien por haberlos vivido como testigo presencial de la época, o bien por estar respaldados por el dicho de personas que me han merecido entero crédito, y saldrán de mi pluma en la misma forma que llegan a mi imaginación (Urquizo 1974 1).

La diferencia entre el narrador de ficciones y el escritor de memoria y recuento historiográficos se evidencia en dos de sus

mejores novelas, *Tropa vieja* y *Fui soldado de levita, de esos de caballería*. En ambas —indica Pacheco para la primera, pero, en esencia, se puede señalar lo mismo para la segunda—, “Urquizo se enfrenta muy bien a la doble dificultad del novelista: escribir y narrar. Resuelve el problema del lenguaje que tanto afectó a los novelistas porfirianos: ni corrección académica ni escribir a como salga y a como se oye”. Seguramente bajo el influjo de los *Episodios nacionales* de Galdós y sin perder de vista las novelas de Azuela, Guzmán, Magdaleno y Muñoz y los dos primeros volúmenes de las memorias de Vasconcelos, la de Urquizo “es la historia vista y contada por un protagonista no estelar que convive con las grandes figuras o las ve de lejos, describe la vida privada junto a la pública y refleja un punto de vista crítico y particular sobre los hechos narrados”.

Pacheco prosigue su análisis sobre la contraposición entre verosimilitud y verdad con estas palabras:

La naturalidad no es natural. Es una convención, un logro artístico muy difícil de alcanzar. *Tropa vieja* no es el monólogo espontáneo de un soldado sino una obra artística culminada mediante el trabajo y el ejercicio de una muy diestra técnica narrativa. Comienza y termina con una carnicería: la matanza de los animales se anticipa a la matanza de los seres humanos. Emplea magistralmente las dos técnicas del narrador: contar (esto es resumir) y escenificar: ponernos en el sitio de los hechos, presentarnos el medio físico, dejarnos escuchar las voces de los protagonistas.

Y sobre el carácter popular en *Tropa vieja* analiza Pacheco:

Cumple con el primer requisito de la narración: ir siempre adelante, no aburrir nunca. Es la novela en el sentido original de noticia, novedad, libro del pueblo que habla de lo que sucede a quienes no son reyes ni príncipes, a aquellos de los que no se ocupan la tragedia ni la épica. Es verdad la novela de “los de abajo”, no vista por un narrador externo sino interiorizada por un personaje que recrea en su mentalidad y en sus peripecias las fuerzas que al entrechocar crean un época: la tienda de raya, el desempleo, la Acordada, la leva, la tropa como prisión ambu-

lante, la lucha de los pobres contra los pobres y de los jóvenes contra los jóvenes para eterno beneficio de los ricos y de los viejos; la revolución que se frustra y la contrarrevolución que triunfa si bien en las últimas líneas se dice que surgirá otro Madero (50-51).

José Emilio Pacheco concluye su análisis con una nota sobre el significado último de las dos obras: "Muchos años más tarde *Fui soldado de levita* será la novela del carrancismo y la caballería como *Tropa vieja* lo es del maderismo y la infantería." Con ello se subraya que ambas novelas del general Urquizo cargan su acento en el criterio histórico por encima del literario. En ellas están los dos ciclos de la Revolución. En *Tropa vieja* traza el que abarca del estallido en noviembre de 1910 hasta el golpe de Estado en febrero de 1913, donde "Cifuentes" narra con minuciosidad su paso por un itinerario geográfico, militar y humano perfectamente delineado. En *Fui soldado de levita* dibuja un segundo período: desde el triunfo del carrancismo sobre los usurpadores en mayo de 1914 hasta el inicio de la lucha fratricida en noviembre del mismo año, después de la Convención de Aguascalientes y de las negociaciones carrancistas para expulsar a los buques norteamericanos anclados en el puerto de Veracruz, todo narrado por "González", quien procura señalar el itinerario geográfico de los desplazamientos del ejército carrancista al que pertenece, sus fricciones con villistas y sus diferencias con zapatistas.

En ambas novelas y a través de la perspectiva de sus narradores, Urquizo presenta al soldado de leva y al de caballería y, sobre todo, la visión de la Revolución que éstos tienen en su condición de actores modestísimos. El drama del soldado que padece la disciplina castrense y donde la guerra ocupa un lugar considerable dentro de *Tropa vieja*. mientras que en *Fui soldado de levita* ese drama queda relegado —aunque hay algunas pocas escenas anecdóticas representativas dignas de atender. En cambio, en *Fui soldado de levita* los aspectos militares son mostrados con cierto detalle: las cualidades de los contingentes, desplazamientos, dinámica humana y, punto importante, en

algunas batallas donde aparecen los rasgos logísticos de la lucha, cualidades menos atendidas en *Tropa vieja* —donde destaca sobremanera la toma de Torreón, dibujada con la violencia entre la tropa y sin la estrategia entre los oficiales.

En estos puntos hay algunas características que no se deben pasar por alto: el soldado de leva —según Urquizo en *Tropa vieja*— carece de motivos, principios, metas; son máquinas disciplinadas sólo para obedecer, matar y ser muertos. En sentido contrario, los ejércitos revolucionarios son improvisados, carecen de disciplina institucional, y aparecen como una entidad amorfa, pero luchan convencidos por metas redentoras; son sanguinarios, pero no se ensañan con los de su misma raza, sino con los “gachupines” hacendados o los “chinos” acaparadores de Torreón. En *Fui soldado de levita* no hay batallas propiamente, pero sí una caballería disciplinada y leal, cuyas funciones son obedecer en forma incuestionable y convencida los principios del carrancismo y proteger a la figura del Primer Jefe. En ambas novelas, a diferencia de *Los de abajo*, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, *Cartucho*, *La tormenta* y algunas más donde los signos de barbarie son superlativos, Urquizo muestra una violencia atenuada y, sobre todo, justificada por las circunstancias.¹⁴

Por lo tanto, Francisco L. Urquizo empleó su libertad literaria para urdir narraciones en las que los rasgos humanos y sociales de la Revolución ocuparan un lugar destacado. No obstante, su recio y arraigado principio de considerar a la milicia como “una especie de religión, cuyo culto final es servir bien a la patria”, lo llevó a anteponerlo a su libertad narrativa. Resulta notable que en sus novelas y narraciones propiamente literarias Urquizo evitó los escollos de la política, así fuera como sim-

¹⁴ En *Tropa vieja* y *Fui soldado de levita* hay algunas anotaciones en las que se sugieren los orígenes y razones del levantamiento de Madero, las características de la traición de Huerta y de las fricciones entre Carranza, Villa y Zapata. En todos los casos, esas anotaciones forman parte de lo que se ha venido llamando “versión oficial” de la historia, a la que él contribuyó significativamente.

ples y vagas referencias.¹⁵ Esta sola cualidad marca una diferencia significativa frente a la que podemos distinguir en novelistas, narradores y memorialistas como Muñoz, Magdaleno, Campobello, Guzmán, Vasconcelos, Frías o Azuela —y no se diga frente a los escritores calificados como “reaccionarios”: Gram, Quevedo y Zubieta o Maqueo Castellanos, por ejemplo—, cuya preocupación política y social ocupa un lugar central en sus obras. En sentido inverso, a falta de valoraciones o descripciones literarias en donde asomen asuntos políticos o sociales, Urquiza como escritor de memorias y recuentos históricos procuró asentar la información que consideraba útil para la historia. Esta distinción resulta más notoria cuando él aborda los temas de la violencia y muerte y de la valoración política, ausentes en los libros que escribió pensando en y para la Historia. En las novelas, en cambio —y no obstante los matices referidos—, sí hay signos de barbarie. El ejemplo más destacado es cuando el novelista, a través de “Cifuentes”, puede mostrar la destrucción que hace el Batallón de Zapadores de las vías férreas para cortar el paso a los ejércitos revolucionarios o, a través de “González”, exhibir las destrucciones de puentes ferroviarios que hacen los ejércitos revolucionarios para impedir el avance de los federales. Esta libertad narrativa del novelista no la tiene el escritor de memorias.

Consecuentemente, el vínculo entre historia y literatura que se establece en la obra conjunta de Francisco L. Urquiza conduce hacia la reconstrucción de los segmentos de la memoria revolucionaria que él pondera como propositiva y, con ello, desea contribuir a la construcción del imaginario colectivo; su tarea, como escritor y militar, así la asumió y, valga la reiteración, es una: “servir bien a la patria”. Sobre esto hay un hecho fortuito que conviene recordar. A mediados de los años cincuenta, concurren en un centro virtual dos cualidades fundamentales para ese imaginario social. Por una parte, la edición

¹⁵ En otros trabajos he desarrollado estas ideas sobre el *uso* que se le otorga a los autores y obras y a la *representación* que estos adquieren ante la sociedad (Díaz Arciniega 1987).

de *Páginas de la Revolución* realizada por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana y, por la otra, la edición popular y masiva de *Tropa vieja* en libro de bolsillo con tiraje de cien mil ejemplares.

Ambas ediciones son rasgos de un doble reconocimiento. Las memorias aparecen bajo el amparo de la Secretaría de Gobernación y la novela con el sello de las ediciones La Prensa. La primera tuvo una circulación orientada hacia los especialistas y funcionarios públicos; la segunda pronto llegó al grueso de la población. Ambas, con el tiempo, pasaron a formar parte de las bibliografías escolares y su uso, hasta la fecha, es relativamente extendido. En forma natural, los libros del general Urquizo han proporcionado una información útil para el conocimiento de la historia de la Revolución y, sobre todo, han aportado una versión de la historia que se ha incorporado en el imaginario colectivo de nuestro pasado.¹⁶ En lenguaje llano: parte de la denominada “versión oficial” de la historia de la Revolución encuentra su asiento en la obra de Francisco L. Urquizo.¹⁷

El resultado conjunto de la labor dentro del instituto armado mexicano y de las características de su literatura y memoria, conduce a una última consideración. El general Urquizo formó parte del reducido grupo de hombres que contribuyeron a la fundación de las instituciones y al autoconocimiento de los mexicanos. Por su fecha de nacimiento, se encontraba justo en medio de las generaciones del Ateneo de la Juventud y la de los Siete Sabios, aunque por sus vivencias juveniles está más

¹⁶ Ante la idea de “versión oficial” tan extendida, una hipótesis por analizar sería: en México no existió formalmente una propuesta dogmática como el “realismo socialista” de la URSS, sin embargo en forma indirecta y a posteriori muchas obras artísticas e históricas vinieron a cumplir una función similar a la del dogma soviético: la construcción y fortalecimiento del Estado-nación. Hoy día, esas “versiones oficiales” han sido muy cuestionadas mediante nuevas lecturas e interpretaciones.

¹⁷ La base de algunas de estas ideas se encuentra en: Luis González, *La ronda de las generaciones* y Enrique Krauze, “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, en *Caras de la historia* (124-168). En ambos libros se registra una nómina ilustrativa; en ninguna figura el general Urquizo.

próximo a los primeros, también llamada generación de 1900; por su labor y convicciones, coincide con los segundos, denominada generación de 1915.¹⁸

Si bien es cierto que la información disponible permite indicar que, durante la primera década del siglo, Urquizo no participó de las actividades e inquietudes culturales de los ateneístas ni de los grupos próximos a ellos, también lo es que durante la segunda década, al igual que aquéllos, participó activamente en los hechos de la Revolución e, incluso, junto a Carranza desempeñó tareas protagónicas. Asimismo, como los ateneístas, Urquizo también otorgó a la palabra escrita un lugar preponderante en su vida. Así, como Reyes, Guzmán o Vasconcelos, los afanes civilizatorios del general Urquizo depositaban en los libros una importancia capital: serán la base para el porvenir; sin libros, el mejor testimonio de la historia, México carecería de memoria.

Por su propia personalidad y por el medio que elige para realizarse profesionalmente, Urquizo coincide en su juventud con los miembros de la generación de 1915, se forma solo, aislado del mundo exterior, sin maestros ni libros y, sobre todo, ante la sensación de caos, incertidumbre y provisionalidad de los años de la Revolución contrapone una visión de porvenir ordenado, disciplinado y estable en la que deposita su vitalidad. Es decir, Urquizo, como el común de la generación de 1915, vierte su mirada hacia el interior de México y busca para su porvenir una estructura rectora y aglutinadora. En la

¹⁸ La admiración depositada en el Primer Jefe lo lleva a escribir lo siguiente a partir de Tlaxcalantongo: "Una angustia más grande que nuestros sufrimientos y nuestras penalidades corporales se apoderó de nosotros. Desgraciadamente era bien cierto que había muerto el señor Carranza. Todo había terminado; aquel sin igual, aquel hombre cumbre se había derrumbado al terremoto de la traición. Aquel hombre fuerte, bueno, valiente, enérgico había caído para siempre; con él morían nuestras ilusiones, nuestra bandera, nuestro ideal, nuestra carrera. Desde hoy ya eramos huérfanos, faltábanos nuestro padre que nos diera el consejo oportuno, nuestro Jefe que nos condujera por el camino del bien y de la victoria, al través del encrespado mar de las ambiciones. ¡Pobre familia del héroe, abandonada en la miseria! ¡Pobres de nosotros! ¡Pobre país!" *Páginas de la revolución, Obras Escogidas* (576).

segunda mitad de la década del diez, Urquizo la identifica con Carranza,¹⁹ pero a partir de Tlaxcalantongo reconoce que las instituciones nacionales deben estar por encima de las personas.

Autodidacta y emprendedor como los de 1915, miró en el pasado porfiriano no una fuente de enojos y rencores, sino un tipo de noción de orden que se critica para emular.²⁰ Urquizo, antes que los Siete Sabios, por ejemplo, emprende dentro del ejército las tareas de reconstrucción y creación encaminadas hacia la fundación de un instituto armado propiamente dicho. Sin embargo, esta tarea se interrumpe en 1921, cuando dimite del ejército y se autoexilia en España. En 1938, retoma su labor dentro del instituto con el propósito de proseguir sus tareas.²¹

¹⁹ Es importante observar que en el conjunto de sus libros la imagen de Porfirio Díaz siempre es tratada con respeto hacia el gobernante y admiración hacia el militar. Al final de su vida, en el libro *A un joven militar*, escribe un par de ponderaciones suficientemente ilustrativas: "Nadie puede negarle al general Porfirio Díaz sus grandes merecimientos como militar y como patriota. Su lucha denodada como liberal contra los conservadores y contra la intervención francesa. Grandes y relevantes fueron sus méritos hasta que asumió la presidencia de la República y durante su larguísimo período dictatorial fue honesto y en su manejo de los fondos de la nación. Quizá fue necesaria su mano dura cuando el país se debatía en el desorden al final de la guerra que fue tan dura y prolongada [...]. Su larga permanencia en el poder, su avanzada edad y los malos consejeros, dieron origen a la magna Revolución Mexicana" (30). Más adelante indica a propósito de la "mano fuerte" que se "perpetúa" en el poder: "tiende a formar parte inherente del organismo enfermo, y en éste se sobreimpone y se rebela lo que le queda de vitalidad para conseguir su salud. La tiranía conduce siempre a la guerra" (45).

²⁰ Es poca y pobre la información disponible sobre las actividades que realiza a partir de 1940. *3 de Diana* hace un resumen, pero faltan sus labores al frente de la Legión de Honor (1951 y 1952) y de la industria militar (1953-1960).

²¹ En el reconocimiento a su labor, el gobierno mexicano ha distinguido a algunos con el homenaje que se le otorgó a Urquizo: inhumar sus restos dentro de la Rotonda de los Hombres Ilustres. Entre éstos se encuentran —en orden alfabético—: Alfaro Siqueiros, B. Badillo, Nabor y Julián Carrillo, Antonio y Alfonso Caso, C. Chávez, I. Chávez, G. Estrada, I. González Guzmán, Agustín Lara, R. López Velarde, Gerardo Murillo, I. Ochoterena, J. O'Gorman, J. C. Orozco, C. Pellicer, S. Revueltas, A. Reyes, D. Rivera, A. Rosenblueth, Moisés Sáenz, Rosendo Salazar, J. Silva Herzog, J. Torres Bodet y A. Yáñez. Un detalle: entre los escasos 110 hombres que yacen en

Por tanto y junto con un grupo de hombres con los que comparte principios y metas, el general Urquiza en el seno del ejército busca cristalizar las normas y servicios indispensables para su desempeño como cuerpo armado y como garante de la sociedad y el estado mexicanos. Docencia, legislación, ideología, historia y difusión concurren en su voluntad institucional. Aquí, la suya no es una labor individual. Las normas de la milicia son precisas y las acata disciplinado. No obstante la relativa limitación, hace uso de los márgenes para ensanchar horizontes y estimular actividades.

En lo individual, en su obra literaria e histórica discurren principios y metas equivalentes: educar por el ejemplo, normar por la disciplina, adoctrinar por el mensaje, historiar por la reconstrucción informativa y difundir por la lectura. Urquiza, como sus coetáneos —con los que mantuvo respetuosa distancia intelectual, pues en ningún círculo literario se le recuerda como miembro activo, aunque en todos se reconoce su calidad—, participó del espíritu del autoconocimiento, y lo hizo por la vía de la memoria histórica. También participó con la voluntad de orden, depuración, y rechazo a improvisación.

Finalmente, es necesario destacar que los miembros de las generaciones del Ateneo de la Juventud o de 1900 y la de los Siete Sabios o de 1915, se han convertido en el sustento del imaginario social y cultural de nuestro siglo. Ellos están en la base de instituciones hospitalarias, educativas, editoriales y muchas más de carácter privado, público y gubernamental; son el cimiento conceptual sobre el que se han levantado las ideas científicas, las obras plásticas y literarias, y el basamento de la infraestructura nacional.

Para concluir, y no obstante la reiteración, el homenaje que el gobierno mexicano tributó a Francisco L. Urquiza descansa en las cualidades cívicas que distinguieron al escritor y al militar. Como se ha indicado, su obra conjunta en esencia se orien-

la Rotonda, poco menos del 30% pertenecen a las generaciones de 1900 y 1915 y, además, entre éstos Urquiza es el único representante del instituto armado.

ta a la reconstrucción de una memoria histórica, hoy designada como “historia oficial”. Sus novelas y narraciones, pese a su calidad literaria, apuntaron más hacia la historia que hacia el arte; su dimensión humana no alcanza el ámbito universal —*Tropa vieja* sería la más próxima debido a la voluntad de privilegiar la circunstancia local sobre el *pathos* humano. Aquí, el héroe cívico se impone sobre el hombre privado; el general de carrera destaca sobre el escritor en su soledad y sus fantasmas. Consecuentemente, su obra como escritor de memoria y testimonio histórico y como narrador de ficciones ha servido para el rescate de un pasado específico, el de la Revolución Mexicana, y la consolidación de un porvenir, el del Estado nación.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BOILS, GUILLERMO. *Los militares y la política en México. 1915-1974*. México: El Caballito/UNAM, 1975.
- DÍAZ ARCINIEGA, VÍCTOR (comp. y editor), *Premio Nacional de Ciencias y Artes*, México: FCE/SEP, 1992.
- . “En la casa de los espejos. El Premio Nacional de ciencias y Artes”, *Estudio de Historia Moderna y Contemporánea* (UNAM), XVI (1994): 153-191.
- . “Mariano Azuela, entre el *ser* y el *parecer*”, *Investigación Humanística* (UAM) 3 (otoño de 1987): 117-141.
- GONZÁLEZ, LUIS. *La ronda de las generaciones*. México: SEP, 1984.
- KRAUZE, ENRIQUE. “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, en *Caras de la historia*. México: Joaquín Mortiz, 1983.
- MERCADO ESTRADA, MARIANO. *Bibliografía comentada de Francisco L. Urquizo* (inédita).
- . *Catálogo del material hemerográfico del fondo Francisco L. Urquizo*. (Tesis). México: UNAM, 1991.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO. “El general Urquizo (1891-1969). La función del narrador”, “La significación de *Tropa vieja*” y “Dos declaraciones”, *Proceso*, 763, 764 y 766 (junio 17, 24 y julio 8 de 1991).
- SÁNCHEZ LAMEGO, MIGUEL. *Generales de la Revolución*. Biografías. 2 vols. México: INEHRM, 1980.

- URQUIZO, FRANCISCO L. *Fui soldado de levita, de esos de caballería*. (1967) Lecturas mexicanas 47, México: FCE, 1984.
- . *A un joven militar*. 2ª ed. México: Empresas Editoriales, 1971.
- . *Charlas de sobremesa*. Pachuca: talleres linotipográficos del Gobierno de Hidalgo, 1937.
- . *Recuerdo que... Visiones aisladas de la Revolución*. México: Publicaciones Mundiales, 1947.
- . *Obras Escogidas* [Recopilación y selección de Carolina Corde-ro], Presentación de Alejandro Katz. Letras Mexicanas, México: FCE, 1987. Entre otras, incluye: *Hay de todo un poco. Cuentos y narraciones; Tropa vieja; Fui soldado de levita; ¡Viva Madero!; Páginas de la revolución; La ciudadela quedó atrás, y Memorias de campaña*.
- . *Tres de Diana*. México: Industrias Gráficas Miranda, 1947.
- . *Los últimos días del General Murguía* [El rescate y reconstrucción de los manuscritos se debe a Alfonso Morales] Investigación histórica e iconográfica de Carmen Nava Nava y Elsa Fujigaki Cruz. Cartuchos al Viento, México: SEP, 1994.
- . [Sobre Venustiano Carranza]: “La tragedia de Tlaxcalantongo” en *De la vida militar* (1930) fue base para varias versiones corregidas y aumentadas, como: *México-Tlaxcalantongo* (1932), *Asesinato de Carranza* (1959; versión casi idéntica a la de 1932), la biografía *Don Venustiano Carranza, el hombre, el político* (1935), la tercera parte de *Páginas de la Revolución* (en *Obras Escogidas*) y la conferencia “Siete años con Carranza” (1959), además de innumerables artículos periodísticos (todas estas obras y artículos fueron registrados por Mariano Mercado en su hemerografía ya referida).